

fusos caos: cuando la moral ha sido objeto de diabólicos ataques en sus tranquilas trincheras: cuando la religión sublime no ha podido librarse de los acerrados dardos que le disparaba el espíritu moderno, empeñado, como dice Paul de Féval, en conciliar el Evangelio con los siete pecados capitales, extraño y sorprendente caso hubiera sido que la literatura y las bellas artes, con su espaciosa floresta, exuberante de encantos seductores, y sin espinosos vallados que la cerquen, hubiesen sido respetadas por los sectarios del mal, ávidos de sembrar la cizaña en todas partes.

Así es que si en filosofía, en ciencias, en moral y en religión, necesitase hoy disponer de un diccionario especial, como el Vocabulario que á principios de este siglo se dió á luz para entender la lengua revolucionaria, en estética y en literatura han sido tan numerosas las adulteraciones, que se necesitaría ser un Littré para poder dar cima al penosísimo trabajo de catalogar las distintas contradictorias significaciones de cada palabra; porque, como hemos dicho, los pseudo-sabios modernos, empeñados sin duda en que el lenguaje deje de cumplir la elevada y humanitaria misión que hubo de asignársele por Dios al crear al hombre, se han propuesto involucrarlo todo, adulterar los principios fundamentales de todas las ciencias, y para no hacerse sospechosos desde luego, usurpan títulos que no les corresponden y adoptan lemas que no les cuadran. Tal sucede con la escuela naturalista moderna, mal conocida por este nombre; escuelas cuyas tendencias y cuyos fundamentos estéticos nos proponemos examinar, aunque muy á la ligera, en este desaliñado trabajo.

«El Cristianismo en su forma más pura, escribía Juan Cristóbal Federico Schiller á Wolfgang Goethe, no es otra cosa que la belleza moral, la encarnación de lo santo y de lo sagrado en la naturaleza humana, esto es, la única religión verdaderamente estética.»

Inspirada la ciencia de la belleza en los sublimes principios morales del Catolicismo, la literatura sujeta necesariamente á las leyes proclamadas por aquella, por fuerza tenía que reflejar en sus más admirables monumentos la esplendorosa belleza del bien y de la verdad. Acatando el yugo suave y civilizador de la estética cristiana, escriben Wolfran de Eschenbach, su *Parcival*; Dante Allighieri, su *Divina Comedia*; Luis de Camoens, sus *Lusiadas*; Torcuato Tasso, su *Jerusalén libertada*; Alonso de Ercilla, su *Araucana*; Juan Milton, su *Paraiso perdido*, y Hopstok, su *Mesiada*. Calderón, Alejandro Soumet y Alberto Haegeli, sus dramas bellísimos; Tomás Celano, Jacobo de Todi, el *Imbécil*, Fray Luis de León, Redaitz, Manzoni y Weber, sus delicadísimas poesías; Veuillot, *Conscience*, Féval, Mitchiewicks, Manzoni y Fernán Caballero, sus interesantes novelas; Juan de Barros, sus *Décadas portuguesas*; y César Cantú, su *Historia universal*, y otros mil y mil escritores, oradores y poetas, muchos de los que viven por fortuna, sus más inspiradas obras; demostrando elocuentemente, si necesario fuese, cómo el Catolicismo no coarta la verdadera libertad ni entorpece los vuelos de la inteligencia. Y no es que reputemos nosotros como perfectas en sus géneros las producciones de católicos autores, pues el hombre, siempre sujeto al error y á las miserias y debilidades de la vida, tiene que manifestar en sus trabajos la imperfección de su ser y la limitación de su entendimiento.

Pero aparecen en el cielo de la filosofía numerosos y menguados planetas, que nuevos Briarcos y Encelados pretenden con infernal locura oscurecer los fulgores clarísimos del sol del Cristianismo; extiéndense con la rapidez de todo lo nuevo las doctrinas materialistas de Bentham, las sensualistas de Locke, las panteistas de Spinoza, las racionalistas de Kant, las pesimistas de Schopenhauer, y hasta las ateas de Oken: amalgámense todas, á pesar de sus diferencias, para acabar de una vez con la religión revelada: á la enérgica vitalidad del Catolicismo, efecto de su unidad, se opone el libre examen con sus múltiples, absurdas y enervadas consecuencias, surgiendo entonces, en medio de tanto tenebroso caos, la estética moderna, que por boca de Vischer reniega de Dios; cuando «sin Dios, y sin Dios amado, y amado sobre todas las cosas, no hay arte,» como decía enérgicamente el catedrático racionalista Sr. Canalejas. Una vez borrado de la estética el nombre sacrosanto del Hacedor Supremo, impónense con terrible lógica las más monstruosas negaciones, y caen heridas por su base la religión y la moral, el bien y la belleza, el fundamento de todos los principios sociales; porque como escribía J. J. Rousseau, «toda justicia viene de Dios y Él es su fuente única.»¹

La estética sin Dios, desligada de todos compromisos morales, había de tender al materialismo ó al panteísmo, que bien mirado no es más que una de las fases de aquel; y adulterando de un modo espantable el concepto verdadero de la belleza, era natural que proclamara, como lo cumplen Lemche, Krug,

Nussleins y sus secuaces, que la moral es una traba inútil; que el decoro y el pudor son palabras vanas, que es preciso ver cuerpos desnudos para reconocer su belleza, y que el artista, como afirma Brumetiere en *Le roman naturaliste*, tiene derecho á todo, menos á mutilar la naturaleza.

Consecuencia natural, hija legítima, deducción lógica de los erróneos principios proclamados por esta estética atea ó inmoral, es la literatura á que pomposamente se da hoy el título de realista ó naturalista.

El naturalismo, que si usara la palabra que le corresponde, debiera llamarse *nudismo*, como afirmaba el ilustre anotador de Cervantes, D. Nicolás Díaz de Benjumea, parte del falso concepto de que es necesario presentar en toda su repugnante desnudez los vicios, sobre todo en el teatro y en la novela, por ser las producciones dramáticas y poéticas copias exactas del natural: proponiéndose de este modo reformar las costumbres, encauzándola por el verdadero camino; cuando, como escribía el literato antedicho, «esas exposiciones crudas de las cacerías sociales no dicen nada al legislador que debe conocerlas, y expresan mucho al vulgo que debiera ignorarlas.»

Nada más erróneo que afirmar como condición indispensable para que el drama ó la novela resulten verdadera copia de la vida real, que en una y otra se destaquen hasta con asquerosos detalles aquellos hechos realizados por el hombre, cuando manchando el sello sublime impreso en él por su Creador, se degrada hasta la categoría de los brutos, cometiendo toda suerte de torpezas é iniquidades. En la vida humana no sólo se presencian crímenes y desastres: no siempre triunfa el vicio; no en todas ocasiones impera el egoísmo, la lascivia y el engaño. Héros reales han existido en todo tiempo, y no ha de ser nuestra época tan desgraciada que en absoluto carezca de ellos; tal vez el número de aquellos que saben como buenos dominar sus pasiones, que cumplen estrictamente con sus sagrados deberes practicando las más hermosas virtudes, sin alardear de ello, iguale, si no supere, al de los que, dejándose arrastrar de sus groseros instintos, corroen con su ejemplo la sociedad, como lepra devoradora. Nuestro siglo ha presenciado ejemplos de abnegación imponderable, dignos de hacer sonar la trompa épica; y esta patria querida en las tristísimas circunstancias por que está atravesando, ha visto levantarse en cada pueblo una legión de héroes en sus obispos y su clero, y un ejército consolador de ángeles en sus hermanas de la caridad y de los pobres.

(Concluirá.)

JUAN P. CHILADO Y DOMÍNGUEZ.

LA VIDA EN SOCIEDAD.

Los huéspedes en el campo.



C otra ocasión tratamos de las costumbres establecidas por la buena sociedad en la vida de los bañistas, vida que se hace en familia con personas desconocidas, y en que es censurada por muchos la torpeza de uno, ó tiene consecuencias de gran trascendencia la intimidación creada por impremeditación ó simpatía del momento. Hoy vamos á tratar de los huéspedes en el campo, costumbre muy generalizada en Francia en los meses de Setiembre y Octubre, estación de la caza que llaman ellos, y en la cual se pueblan de amigos de los dueños los castillos y propiedades campestres. Sin tener entre nosotros tanta importancia, también es muy frecuente recibir invitaciones para pasar en casas de amigos que viven en campo ó en pueblo, la estación de la caza, vendimias ó fiestas patronales que se verifican en el mes de Setiembre. Solicitar estos obsequios es impertinente, pero no aceptarlos sin razón, es desatento.

La persona que invita debe contar ante todo con habitaciones que ofrecer, cómodas y aseadas, si no ostentosas, y con la independencia necesaria para la vida de un extraño dentro de la familia: no debe, pues, invitar aunque sea grande su deseo, más que las personas que cómodamente admitan sus dormitorios y su comedor: éstas son las piezas dignas de consulta, pues el jardín, el campo, el portalón, y cualquiera otra pieza de la casa, sirven á las necesidades del día, que se distribuye entre cazar, pasear, leer ó charlar. Cuidado debe ser de los dueños de la casa, distribuir estas horas del día convenientemente para que sus huéspedes no se aburran, y si la mañana se pasa en fiestas de iglesia ó la tarde en fiestas de vendimia, se improvisan para la mañana ó la tarde, una cacería, una gira de campo, una visita á las curiosidades del país,

¹ Contrato social, lib. II, cap. VI.